

Maite R. Ochotorena

LA
MENSAJERA
DEL
BOSQUE

Maite R. Ochotorena



La mensajera del bosque

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Maite R. Ochotorena, 2021
Autora representada por Editabundo, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2021
Depósito legal: B. 21.724-2020
ISBN: 978-84-08-23724-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Sábado, 14 de enero de 2017

Hubo un chasquido. Cris se incorporó de golpe. Tenía la vista algo nublada. Se frotó las sienes con los dedos, le zumbaba la cabeza, era como haber dejado entrar en ella un enjambre de avispas furiosas, el ruido de sus alas sofocaba su mente hasta lo indecible. Temblaba como una hoja y una sorda desazón poblaba su cuerpo. Se encontraba enferma y debilitada. Se pasó la mano por la frente, la tenía húmeda, cubierta de un sudor frío y pegajoso. ¿Y su ropa? Llevaba puesta una camiseta negra de manga larga que no era de su talla, demasiado grande, estampada con un motivo *rockero heavy*. Se llevó una manga a la nariz y aspiró. Olía bien, incluso creyó percibir un fondo familiar que... La soltó con frustración, cada vez más nerviosa. Se le escapaban los recuerdos. Trató de pensar, navegar hacia atrás en el tiempo y descubrir cómo había llegado allí. Pero su memoria se escabullía hacia un fondo insondable.

Miró alrededor. Se encontraba en una cama desconocida, en un bonito cuarto desconocido, con paredes y techo de madera; olía a fresno, un poco a humedad y a tierra mojada; una única ventana a su derecha le permitía vislumbrar algo de un exterior sombrío: árboles, un bosque tal vez. Eso la tranquilizó un poco. Junto a la cama, en una sencilla mesilla de noche, vio un teléfono móvil enchufado a una toma de la pared. Tam-

bién había un vaso de agua. Se mordió el labio inferior. Era como ser la protagonista de una broma macabra. ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba? Las preguntas se agolparon en su mente atosigándola.

«¡Para! Para...»

Procuró calmarse. Lo primordial era no perder los nervios, encontraría una explicación. Aunque no sabía cómo, confió en que la encontraría. ¿Ese era su móvil? No sabía decirlo, creía que sí. Lo cogió, y entonces descubrió, debajo, una nota doblada. La abrió de inmediato, tan impaciente que casi se le escurrió entre los dedos. Al ver la letra la reconoció. Se le escapó una exclamación. ¡Daniel! Su hermano emergió del fondo de esa sombra en la que su mente navegaba a ciegas.

Cris, sé que estarás confusa, no te alarmes. Estás en una cabaña en un camping de la sierra. Has estado muy enferma. Por favor, no te muevas, quédate hasta que yo te avise, y descansa. Querría estar contigo, debería estar contigo, pero tengo algo que hacer. Iré pronto a verte.

Recuerda, estás a salvo. No sé si serás la misma cuando leas esto, por eso... **POR FAVOR**, por nada del mundo te muevas de donde estás. Tienes tu ropa limpia en el armario y comida en la cocina. El señor Whitaker es el dueño del camping, es un buen amigo, no dirá nada porque no sabe nada. Ya le he pagado por tu estancia, así que no te preocupes por eso. Te quiero,

DANIEL

P. D.: Si algo sale mal, Ruby te llamará. Espero que no haga falta. No avises a la Policía, ya te lo explicaré, **NO AVISES A LA POLICÍA**. Sé que no lo entiendes, da igual, hazme caso, no hables con nadie, **CON NADIE, Y NO TE MUEVAS DE AHÍ**. Espérame, y confía en mí.

Cris leyó aquellas líneas varias veces; las exprimió con fruición, obsesionada por obtener respuestas. Mencionaba a una tal Ruby. ¿Quién era Ruby? Frunció el ceño tratando de recordar, sin embargo, su mente solo le devolvía silencio. ¿Y qué significaba «si algo sale mal»? Esas palabras sonaban fatal... El mensaje de Daniel era demasiado críptico, no le daba respuestas, solo le planteaba aún más incógnitas. Se le aceleró el corazón hasta volverse un tamborileo frenético difícil de soportar.

«Te va a dar algo, cálmate. Es Daniel, es Daniel, si él está detrás de esto es que no hay peligro inmediato, ¿vale? Cálmate.»

Al menos ahora sabía que no estaba sola, su hermano se había encargado de cuidarla. Pronto la llamaría, o aparecería por la puerta, o lo haría esa tal Ruby. Sin duda debía de ser alguien de confianza, ¿no? Entonces todo quedaría aclarado. De pronto cayó en la cuenta de que tenía el móvil. Tal vez hubiera recibido algún mensaje, incluso podía llamar a Daniel. ¡Claro! Enseguida rebuscó algún wasap, correo... Estaba limpio, ni llamadas ni mensajes ni *emails*, como si alguien lo hubiera reseteado. ¿Habría sido Daniel? ¿Para qué? ¿Por qué? Comprobó desolada que la cobertura era mala, oscilaba continuamente, al límite para poder hacer y recibir llamadas. En su agenda había un único contacto: Daniel. Ninguna Ruby. No lo dudó, lo llamó. La ansiedad crecía. El tono sonó. Una, dos veces... Nada. Daniel no cogía. Insistió una y otra vez. Nada.

«No sé si serás la misma cuando leas esto», ¿por qué no iba a ser la misma?

Porque no recordaba.

Quiso salir de la cama, pero, en cuanto apoyó los pies en el suelo, se tambaleó mareada. Sus piernas apenas la sostenían, se sentía realmente enferma. Se estremeció de frío, claro que no llevaba nada cubriendo sus piernas delgadas. Sus muslos... Descubrió horrorizada que unas extrañas heridas longitudinales atravesaban su piel, como brutales arañazos que hubieran

hendido su carne desde la ingle hasta la rodilla, cicatrices profundas ya cerradas, aunque recientes, de un color rosado que empezaba a tornarse blancuzco. ¿Qué...? El pánico se apoderó de ella. Nerviosa, empezó a revisarse las pantorrillas, los brazos... Tenía heridas por todas partes, sobresalían como duras cuerdas. Dolían. ¿Cuándo se había hecho aquello? Se le escapaban los sollozos. Se subió la camiseta, comprobó su vientre, la cintura y las nalgas. Cris soltó un gemido, incapaz de asimilar que su delgado cuerpo fuera un mapa de horrendas cicatrices. Se dejó caer sobre el colchón, sin fuerzas.

Eso no era estar enferma. ¿Había sufrido algún accidente? ¿Por qué Daniel no la había llevado a un hospital?

«Vale, vale.»

Se puso de pie y renqueó como pudo hasta acercarse al armario. En el suelo había una bolsa negra de basura. Dentro descubrió un montón de ropa, arrugada de cualquier manera. ¿Tal vez era suya? Olía a humedad y a acequia, peor que eso, hedía a agua pútrida. La levantó un poco con dos dedos. Estaba sucia, manchada de barro y hecha jirones, ensangrentada, por eso estaba en una bolsa de basura. Se fijó en el armario que ocupaba toda la pared frente a la cama, Daniel había dicho en su nota que tenía toda su ropa en él. Lo abrió apoyando su peso en las puertas. Descubrió que había bastante vestimenta. Abrió los cajones uno por uno. Daniel había guardado en ellos algunas camisetas, pulcramente dobladas, dos jerséis gruesos de lana, un par de sudaderas, una chaquetilla de punto y unos cuantos pantalones vaqueros. Incluso había prendas deportivas. ¿Acaso ella practicaba algún deporte? Frunció el ceño contemplando la selección de ropa que había hecho su hermano: daba la impresión de que se hubiese mudado. O tal vez Daniel tenía previsto que pasara mucho tiempo allí.

Se desnudó, se mudó la ropa interior y echó mano de una de las camisetas de manga larga. Le costó mucho ponérsela, se

mareaba con cada movimiento. Tuvo que regresar a la cama y sentarse un momento.

Necesitaba pensar, ahondar en la herida y descubrir cuán profunda era, pero su cráneo era un tambor y dentro hervían las avispas zumbonas. Le costaba concentrarse. Miró hacia la ventana y escudriñó lo que se veía al otro lado: un denso bosque dominaba un entorno natural en el que no se apreciaban luces, ni otras viviendas o edificios. Era de noche. Renqueó hasta ella y probó a abrirla. Cedió sin dificultad. Una bocanada de aire fresco acarició su rostro. Cris cerró los ojos con alivio y aspiró con ansiedad el aire nocturno. Fue un bálsamo curativo. Más animada, trató de llegar hasta la puerta del dormitorio. Sus piernas habían recobrado algo de firmeza. Al menos ya no se mareaba tanto.

Abrió la puerta y se asomó a una salita de aspecto acogedor. Era como ver una foto de catálogo de una casa rural de esas «con encanto». Todo muy rústico. Había un interruptor a su derecha. Lo pulsó y la luz se encendió. Mejor, mucho mejor. Había un pequeño sofá de dos plazas en color hueso frente a una chimenea; una tele de plasma colgaba de la pared en el rincón, y un aparador descansaba junto a lo que parecía la entrada principal. A su derecha vio el acceso a la cocina. Estaba en un lugar decente, más que decente, agradable, muy bonito. Eso debería reducir su ansiedad y tranquilizarla, ¿no? En parte sí, pero estaba asustada.

—¿Hola? ¿Daniel? —Su voz sonó rara, gutural y rota, como la que tendría después de una larga noche de juerga. Le quemaba la garganta.

Era evidente que Daniel no estaba allí. No había nadie.

En el vestíbulo había un par de botas de monte nuevas y, colgando de un perchero, un abrigo de plumón negro. En teoría podía salir y buscar al dueño del camping, Daniel había dicho que era de confianza y ella necesitaba hablar con alguien. Alargó la mano y abrió la puerta de la cabaña. Caía una

suave llovizna. Cris cerró los ojos y aspiró aquel aire limpio profundamente. Olía a montaña, a hierba recién cortada y a tierra fértil. Dio un paso. Estaba bajo un porche de madera; un ancho sendero de tierra partía desde allí. Bajo la luz del porche no se apreciaba mucho más, a partir de un punto la oscuridad crecía y envolvía el bosque circundante. No veía la recepción del camping por ninguna parte. Tampoco otras cabañas. ¿Qué camping era aquel? Cris gimió, no tenía fuerzas para pensar en eso, ni para andar buscando a tientas.

Escudriñó los grandes árboles que rodeaban el bungalow, una masa oscura cuyo contorno se desdibujaba en la negrura, el mismo bosque que había podido apreciar desde la ventana del cuarto donde había despertado. Una nube de insectos revoloteaba en torno a la lámpara que iluminaba el porche. A su derecha descubrió el morro de un vehículo aparcado en la esquina. ¡Su coche! Lo reconoció, y un febril alborozo se adueñó de su maltrecho espíritu. ¿Cómo había llegado hasta allí? Daniel otra vez. Un palpito cálido vibró en su pecho. De algún modo adivinó que llevaba mucho sin conducirlo. Ojalá pudiera utilizarlo para marcharse, pero sabía que no podría, no en las condiciones en que se encontraba. Le dedicó una mirada nostálgica. ¿Cuánto tiempo iba a tener que esperar? Un intenso vahído hizo que se tambaleara. Al parecer, nada de conducir por el momento. Dio media vuelta y regresó al interior. Cerró la puerta.

«Necesito tumbarme, oh, Dios, mi cabeza...»

Iba a dar un paso hacia la sala cuando sus piernas flaquearon y cayó de rodillas, sujetándose las sienes con las dos manos mientras se encogía gimiendo. Las avispas redoblaron su atroz zumbido, un ruido penetrante que perforó su mente, más y más alto, más y más fuerte. Aspiró por la nariz tratando de llenar sus pulmones, y de pronto un violento acceso de tos hizo que se doblara sobre sí misma. Algo subía por su garganta. ¡Oh, Dios! La jaqueca se recrudeció y creyó que su cabeza es-

tallaría como una piñata. Cris lloró, tosió, roja como la grana, se le saltaron las lágrimas, la garganta se irritó más, apenas podía respirar. Tosió y tosió, y sollozó, incapaz de soportar el dolor, hasta que al fin acabó escupiendo. ¿Flemas? En el suelo había sangre, un esputo color bermellón. Se limpió la boca con los dedos y los miró. Sangre. Así que estaba enferma de verdad. Escupió otra vez para desembarazarse de ese sabor tan amargo. Odió ese sabor, odió el olor dulzón que penetró en su nariz. Le olía el aliento. No, apestaba. Estaba enferma, no había otra explicación. Se le revolvió el estómago.

Entonces llamaron a la puerta, tres golpes seguidos. Cris, aún a cuatro patas, se levantó como pudo.

—¡Daniel! ¡Ya voy, Daniel!

Y abrió de golpe. La decepción se dibujó en su pálido rostro. No era su hermano. Había un hombre en el porche con una bandeja en la mano cubierta con un paño y un paraguas negro en la otra. Su expresión pasó de la sorpresa al estupor. Estaba claro que no esperaba verla a ella y que debía de tener un aspecto horrible. Cris se avergonzó de sí misma.

—Oh... Hola... Caramba..., ¿se encuentra bien?

El señor Whitaker. Tenía que ser él, el dueño del camping. Cris no fue capaz de decir nada. Frunció el ceño, tratando de controlar el dolor de cabeza. Se aclaró la garganta y se obligó a hablar:

—¿Es usted el señor Whitaker?

El hombre la miró con lástima.

—Oh, ¡disculpe! Sí, claro, soy el señor Whitaker, Donald Whitaker, el dueño del camping, solo quería asegurarme de que estaba usted bien. He visto la luz encendida y he supuesto que Daniel habría vuelto. Ya veo que... En fin, está usted despierta. Verá, Daniel lleva ya dos días sin venir, y mi mujer y yo estábamos preocupados. Hemos pensado que si ya estaba de regreso le apetecería un poco de pastel de zanahoria, y ahora que la veo, me alegro de haberlo pensado, estará usted ham-

brienta. —Le ofreció la bandeja. Cris lo escuchaba con desconcierto—. Aunque me parece que no se encuentra muy bien.

—Mi cabeza...

—Aaaah, creo que su hermano dejó algo para las jaquecas en la encimera de la cocina. —Cris parpadeó—. No se preocupe, señorita Stoian, su hermano nos advirtió de que estaba enferma, estaba usted bastante mal cuando llegaron. Me alegro de verla levantada, aunque, la verdad, tiene mal aspecto. —El pobre hombre estaba preocupado y nervioso, y se estaba repitiendo—. ¿Quiere que la ayude a entrar? Debería acostarse.

—No, oh..., no, ya podré yo sola.

—Bien, bien. Tenga entonces.

Cris aceptó la bandeja. Su estómago rugió pese a su cefalea.

—Muchas gracias, señor Whitaker —intentó recordar su nombre de pila—. Donald, muchas gracias.

—Don, llámeme Don. Déselas a mi mujer, ella es la cocinera, está muy bueno, ya lo verá. Tómese enseguida la medicación. —Whitaker pareció incómodo—. Bueno, tal vez la estoy entreteniendo demasiado aquí fuera y hace frío. Acuéstese.

Cris se asustó.

—¡Espere! ¡ESPERE! —Whitaker, que ya se marchaba, se volvió hacia ella—. Oiga, señor Whitaker, Don, ¿qué más le ha contado mi hermano?

—Oh..., lo lamento, no sé nada.

—Pero algo le habrá dicho.

—Vaya, no.

Daniel se lo había advertido en su nota.

—Bueno, pero, dígame, ¿tan mal estaba cuando llegó? Whitaker vaciló.

—Pues, discúlpeme, pero como le he dicho antes llegó usted en un estado lamentable, tenía muy mal aspecto, como... —parecía que le costaba decirlo, y Cris se asustó más—, como

si fuera una drogadicta que sufre el mono, o algo así, claro que no estoy diciendo que...

Aquello sonaba muy mal.

—¿Está diciendo que soy una yonqui?

—¡No! Claro que no... —Donald se revolvió incómodo—. Bueno, ahora está usted mejor, pese a su dolor de cabeza, es evidente, y me alegro.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Cuándo?

—Sí. ¿Cuánto llevo aquí?

Cris esperó impaciente una respuesta, pero Whitaker dudaba.

—No estoy seguro, tendría que consultarlo..., puede que dos semanas, tal vez más —repuso al fin—. Yo le insistí a su hermano para que la llevara a un hospital, pero él se opuso, he de decir que con bastante firmeza, y se empeñó en cuidarla él mismo.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado, es sábado. Oh, estamos a catorce de enero, claro.

—¿Y no ha llamado?

—No, y es raro, porque ha estado viniendo a diario para cuidarla, ya le digo que hace ya dos días que no lo veo. —Donald soltó un suspiro y la miró con compasión—. Debe de estar usted muy confundida.

—No sé... No me encuentro nada bien —murmuró Cris. Se llevó la mano a la frente—. Por favor, ¿no le dio instrucciones para mí? ¿Qué debo hacer?

—Bueno, esperar. Daniel dijo que no era conveniente que se moviera usted de aquí. En fin. Ya la estoy haciendo estar de pie demasiado tiempo.

—No, espere, por favor. ¿De qué conoce usted a mi hermano?

—Pues nos ayudó con el camping. Tuvimos algunos proble-

mas y estuvimos a punto de perder la propiedad. Daniel tiene buenos contactos. Consiguió solucionarlo, y aquí estamos.

—¿Tiene por casualidad Internet?

—No, no llega hasta aquí.

—¿No tiene ordenador? —se extrañó Cris.

—Claro, pero sin Internet, no hay ADSL, y la cobertura de móvil tampoco es muy buena, lo justo para hacer llamadas, y a veces llegan todas de golpe, la señal baila mucho, ¿sabe? Es mejor que se acueste, tómesese la medicación y descanse. Buenas noches, señorita.

Don Whitaker se alejó, y Cris se quedó mirándolo sin saber qué pensar. Esperó un poco antes de cerrar la puerta. En cuanto lo hizo, la lluvia y el frío quedaron desterrados, no así su amargura. Se sacudió el mal presentimiento que empezaba a gobernar su ánimo. Se lo había transmitido Whitaker, con eso de que parecía una yonqui cuando llegó. Apoyó la espalda en la puerta y esperó a que su jaqueca se apaciguara hasta un punto tolerable que le devolviera el control. Apretó los labios. Daniel llevaba solo dos días sin aparecer. Sin él, ¿qué hacía allí? ¿Iba a esperar eternamente? ¿A qué? Se fue a la cocina. Encontró una caja de paracetamol y se tomó un sobre con un vaso de agua. Luego se sentó y estuvo un rato con la cabeza apoyada en los brazos, esperando a que se apaciguara el horrible dolor. Pasó media hora antes de que empezara a remitir. Entonces, más calmada, destapó la bandeja y aspiró el aroma dulce del pastel de la señora Whitaker. Lo devoró. Estaba delicioso. Su estómago no se revolvió.

De pronto su móvil vibró. Lo había dejado en la mesilla del dormitorio. ¿Era posible? ¿Estaban entrando mensajes? Tal vez tuviera alguna llamada perdida. ¡Daniel!

Soltó el tenedor sobre la mesa y se levantó con torpeza. Renqueó a duras penas hasta el dormitorio y se arrojó sobre la cama. Recuperó el teléfono. ¡Daniel sí que la había llamado! ¡Tres llamadas perdidas! Incluso había dejado un mensaje de

voz a través de WhatsApp. Comprobó que eran del día anterior. Cris sintió una punzada de ansiedad. Pulsó sobre la grabación para escucharla.

«Cris, oye... Soy Daniel. —Su voz sonaba ronca y algo distorsionada—. Ya sé que estarás cabreada conmigo, debes de estar desesperada. Tenía que haber ido a verte y... No puedo, no debo. Y no sé si estarás mejor, pero, si lo estás..., vas a tener que esperar. Todo se ha complicado. Escucha, no voy a dejarte sola, ¿vale? Ruby te llamará si yo no puedo. —Se le quebró la voz y le pareció percibir que sollozaba, como alguien que trata de disimularlo—. Cris, esto no va bien. Por favor, ten cuidado. Te quiero.»

La grabación terminó con brusquedad. No había más mensajes. Cris se quedó callada pensando, un minuto, dos, analizando una y otra vez las palabras de su hermano. Estaba segura de que había verdadera desesperación en su voz. Reprodujo dos veces más la grabación. Cuanto más la escuchaba, más crecía en ella la certeza de que le ocurría algo grave. Recordó la nota: «si algo sale mal». Si algo salía mal, Ruby la llamaría. ¿Quién coño era Ruby? Le devolvió la llamada enseguida, preguntándose qué estaba pasando. El tono sonó y sonó, y al final se cortó. Lo intentó de nuevo, muchas veces. Comprobó la cobertura: volvía a fallar.

«Vas a tener que esperar...», le decía.

—¡Daniel! ¡No puedo esperar más!

Un funesto presentimiento se adueñó de ella. Se mordió el labio. Intuía que su hermano no iba a ir a buscarla. Tampoco sabía nada de la tal Ruby. Había llegado el momento. Al día siguiente regresaría a Madrid. Al cuerno con eso de esperar.